

Desarrollo humano, música y educación en la era global

Human development, music and education in the global age

ALBERTO CABEDO MAS
UNIVERSITAT JAUME I

Resumen

El proceso de la mundialización ha intensificado la conciencia multicultural de nuestra sociedad plural. Nos encaminamos aceleradamente hacia sociedades multirraciales y pluriculturales. La música es un fenómeno a través del cual se hace patente el proceso de la globalización. En el campo de la educación, la nueva vida musical global aporta una gran riqueza de posibilidades de vivir la interculturalidad. El diálogo intercultural, frente a los fundamentalismos que alimentan la discriminación y malogran el pluralismo integrador, fomenta el reconocimiento de la dignidad de todos los seres humanos.

Palabras clave: interculturalidad, música, educación, globalización, desarrollo humano.

Abstract

The process of globalization has intensified the multicultural awareness of our pluralistic society. We are moving rapidly towards multiracial and multicultural societies. Music is a phenomenon through which the process of globalization becomes evident. In the field of education, new global music life brings a range of possibilities to live interculturalism. Intercultural dialogue, against fundamentalisms that increase discrimination and impede inclusive pluralism, encourages the recognition of the dignity of all human beings.

Keywords: interculturality, music, education, globalization, human development.

Introducción

Nuestra sociedad está soportando un proceso histórico cultural que, en muchas de sus dimensiones importantes, se nos presenta carente de sentido y con un futuro asociado a mucha incertidumbre. Para enfatizar la importancia de las transformaciones actuales, políticos importantes como el secretario de Estado para la Unión Europea se atreven a afirmar que estamos metidos en «la madre

de todas las crisis» (López Garrido, 2011). Es bien cierto que los ciudadanos nos sentimos entrelazados en las redes de una crisis importante, sin saber cómo explicarla adecuadamente y sufriendo sus manifestaciones con mucha virulencia. Son alarmantes los resultados económicos como la recesión y el desorden financiero; los efectos sociales en cuanto al paro y la pérdida del poder adquisitivo que están sufriendo los sectores más débiles de nuestra sociedad resultan estremecedores. No son menos importantes los nefastos efectos políticos en la ciudadanía al constatar y comprobar cómo el mercado, con su crueldad, dirige y determina la hoja de ruta de nuestras instituciones sociales. La culpa inmediata de la rigurosa crisis actual está recayendo especialmente sobre banqueros corruptos y políticos incompetentes, pero también otros sectores de la sociedad deben asumir su parte de responsabilidad.

Esta visión crítica del momento actual es compartida por gran parte de los ciudadanos europeos. Según se deduce de una encuesta realizada por TNS Sofres en 2008: el 87 % de los españoles, el 82 % de los italianos, el 79 % de los alemanes y el 74 % de los franceses reconocen explícitamente la relevancia de la crisis social, cuestionando las formas de vida de nuestros pueblos y los valores actuales que están regulando nuestros comportamientos.

Sin embargo, no debemos olvidar que ésta no es la primera crisis importante que padece nuestra sociedad, ni será la última. En realidad, nuestras formas de vida social experimentan sacudidas y soportan cambios cíclicos, como en general los sufre la naturaleza en sus distintas manifestaciones. La sociedad, con el tiempo, evoluciona cambiando sus perspectivas y opciones. Cada vez que se alcanzan determinadas cotas de desarrollo, las viejas formas de vida son abandonadas y sustituidas por nuevos objetivos y creencias. Podríamos decir que los pueblos, como los árboles, necesitan periódicamente sacudir las ramas de sus creencias y sustituirlas por otros ideales que encajen mejor con sus expectativas de futuro. Cada superación y transformación de formas de vida social conlleva una determinada crisis de valores.

Los cambios y desajustes que está experimentando nuestra sociedad en su adaptación a la realidad globalizada o mundializada del siglo XXI han generado una fuerte crisis y conducen hacia una nueva jerarquía de valores. Una crisis que tiene rasgos universales, pero con acentos y expresiones específicas para cada situación y entorno cultural. Se está gestando un mundo nuevo policéntrico y global, lleno de importantes avances, pero acompañado también de grandes fracasos y paradojas. Nosotros queremos compartir el sentir de Hölderlin quien dijo que «donde crece el peligro, crece también aquello que nos puede salvar» (Mayor Zaragoza, 2000: 22). Las turbulencias y frustraciones que la humanidad está soportando en el inicio de siglo y de milenio quizá sean interpretables como dolores de parto que anuncien una nueva era engendrada con grandes dosis de ilusión y esperanza.

Épocas orgánicas y épocas críticas

Saint-Simon, en su estudio *Introducción a los trabajos científicos del siglo XIX*, de 1807, afirma que el progreso necesario de la historia está dominado por una ley general que determina la sucesión alternativa de *épocas orgánicas* y de *épocas críticas*. La época orgánica es aquella que reposa sobre un sistema de valores y creencias bien delimitado y firmemente asumido, adaptándose y desarrollándose de conformidad con el sistema establecido y progresando dentro de los límites marcados por la tradición. Sin embargo, en determinados momentos, el mismo progreso social altera la idea central sobre la cual se deslizaba y giraba la *época orgánica*, y se origina un nuevo proceso que conlleva cambios y nuevos planteamientos que conducen a la *época crítica*. A modo de ejemplo se suele recordar como una de las grandes inflexiones sociales la crisis histórica que se gestó con toda claridad en el tránsito social del Medioevo al Renacimiento.

Ortega y Gasset, en su libro *En torno a Galileo* dedicó una amplia reflexión al análisis y la exposición de lo que se debe entender por crisis histórica. Partiendo de hechos sociales y del correspondiente análisis crítico sobre su significado, Ortega nos proporciona un esquema interpretativo que, en su opinión, es aplicable para la comprensión y explicación de los movimientos y cambios cruciales que dan origen a los cambios importantes y transmutaciones que la humanidad sufre a lo largo de su desarrollo social. El filósofo afirma con mucha claridad y contundencia lo siguiente:

Pues bien: hay crisis histórica cuando el cambio de mundo que se produce consiste en que al mundo o sistema de convicciones de la generación anterior sucede un estado vital en el que el hombre se queda sin aquellas convicciones, por tanto, sin mundo. El hombre vuelve a no saber qué hacer porque vuelve a de verdad no saber qué pensar sobre el mundo. Por eso el cambio se superlativiza en crisis y tiene el carácter de catástrofe. El cambio del mundo ha consistido en que el mundo en que se vivía se ha venido abajo y, por lo pronto, en nada más. Es un cambio que comienza por ser negativo —crítico. No se sabe qué pensar de nuevo —sólo se sabe o se cree saber que las ideas y normas tradicionales son falsas, inadmisibles. Se siente profundo desprecio por todo o casi todo lo que se creía ayer, pero la verdad es que no se tienen aún nuevas creencias positivas con que sustituir las tradicionales (Ortega y Gasset, 1967: 100).

Como nos indica el mismo Ortega, es característica específica de la *crisis histórica* la repulsa y el abandono de las convicciones y valores dominantes, por considerarlos obsoletos e inapropiados, para posicionarse en una denominada *época eliminatoria y polémica*. Este cambio de actitud no significa que los ciudadanos se queden absolutamente sin convicciones, sino más bien indica que se está gestando la persuasión

de que las convicciones anteriores ya no valen y hay que encontrar nuevos valores y creencias en que sustentar las nuevas formas sociales.

Cuando el ser humano se halla instalado en la crisis, experimenta la desorientación y se descubre inmerso en una atmósfera de confusión respecto al mundo que le rodea. Por una parte, el mundo antiguo no le vale, y, por otra, el mundo futuro aún no ha nacido. La crisis no es sino el tránsito que el hombre hace de vivir prendido a unas cosas y apoyado en ellas a vivir prendido y apoyado en otras. Estamos, pues, ante un hombre confuso y desorientado cuya convicción dominante consiste precisamente en carecer de convicciones firmes. Al mismo tiempo, sin embargo, hay que relacionar el sentimiento de desestructuración social y pérdida de valores con el momento de innovación, es decir, la necesidad de habilitar una reestructuración y transformación que se sustente sobre nuevos valores solidarios y adecuados para las realidades sociales que nos sorprenden.

La crisis de nuestro tiempo, directamente vinculada a la deficiente organización financiera y a las decisiones de políticos irresponsables, no debe ser superficialmente analizada y entendida solamente como secuela inexorable de la defectuosa gestión económica, sino que debe ser interpretada también como un resultado estrechamente relacionado con el cambio de ideales y creencias que está sufriendo nuestra sociedad. Como han reconocido relevantes sociólogos y estudiosos de la realidad social, la situación actual es preocupante y se caracteriza por una gran alteración de los valores tradicionales y un cambio de orientación cultural que, como se ha escrito, apunta a *codicia excesiva y desorden moral*.

Para Norbert Bilbeny (1997), la causa fundamental de la crisis actual no sólo radica en el rápido cambio de hábitos y conductas producidos por la revolución tecnológica y del conocimiento, sino que se debe también al fuerte desajuste entre cultura informativa y cultura valorativa. Este desajuste entre la cultura valorativa heredada y el acelerado proceso de nuestro mundo —amenazado por catástrofes de orden económico, demográfico, biológico y ecológico— ha generado un firme convencimiento de que muchos de los anteriores ideales y principios reguladores de la acción humana han quedado obsoletos y deben ser sustituidos por nuevos códigos morales y sociales.

El fenómeno de la globalización

El siglo xx se ha caracterizado por sus grandes avances científicos y tecnológicos que nos han permitido asumir el proceso de la internacionalización y mundialización, rompiendo las fronteras y barreras de nuestro mundo fragmentado. En nuestro planeta Tierra, merced sobre todo a las grandes autopistas de la información y de la comunicación, se han roto las separaciones y el aislamiento que existían

entre sus habitantes, permitiendo y potenciando el nacimiento de la *aldea global*. La revolución científica y tecnológica ha hecho posible la rápida comunicación entre los humanos y empuja hacia la integración de la especie humana en una sociedad universal. Los intercambios laborales y comerciales se han intensificado, los flujos migratorios se han acelerado, el tráfico turístico se ha reforzado y, sobre todo, la telemática y la informática han impulsado el proceso de la transnacionalización hacia la mundialización.

La mundialización, sin embargo, no es un fenómeno nuevo en la historia. Como nos sugiere el informe del PNUD sobre el desarrollo humano correspondiente al año 1999, podemos distinguir entre *globalidad* y *globalización*. El término *globalidad* corresponde a la mentalidad adquirida por la especie humana al comprobar que estaba habitando un planeta estructurado y modelado en forma de globo. Los grandes descubrimientos de nuevas tierras y países, así como los viajes de circunvalación a la Tierra, realizados especialmente en los siglos xv y xvi, crearon en la especie humana la conciencia de vivir en un territorio que era global. Las navegaciones trans-océánicas de las sociedades europeas hacia América y el Lejano Oriente, así como la apertura comercial y cultural entre los distintos países, fomentaron el proceso de internacionalización de la economía y de la cultura. Sin embargo, el término específico *globalización* es de reciente incorporación y responde a la conciencia adquirida por la humanidad de la conexión e interdependencia existente entre todos los ciudadanos del planeta y la necesidad de generar organismos y empresas cuya sede no radique exclusiva y necesariamente en un territorio o nación determinados. Se trata, por tanto, de un fenómeno contemporáneo sobre el que se sustentan las relaciones entre los pueblos. Las transacciones económicas son a escala mundial, el comercio se desarrolla a escala global y el mercado internacional estructura las relaciones de dependencia entre todos los pueblos. La gestión financiera y política es, en la actualidad, mundial, ya que los estados nacionales están integrados en un sistema político transnacional y en un mercado universal.

La globalización, sin embargo, no significa sólo que el dinero pueda moverse rápida y libremente por todo el mundo, ni siquiera se limita al ámbito financiero y empresarial que permite instalar empresas donde los costes sean menores, sino que se ha convertido en un fenómeno que trasciende el mercado global, operando en esferas como el medio ambiente, la seguridad, el trabajo, las formas de ocio y la cultura en general. El procesamiento de los resultados científicos con recursos electrónicos, la rapidez del transporte en todas las dimensiones, la facilidad de distribuir los productos en todo el planeta y, sobre todo, el desarrollo de los sistemas de información y comunicación (teléfono, radio, televisión, internet, ...) han impulsado un tipo de sociedad globalizada, en la que las aduanas y las fronteras entre países se han vuelto porosas e inoperantes.

No es necesario precisar y detallar los cambios que se han producido en la sociedad globalizada e insistir en ellos, puesto que todos los hemos vivido y al ritmo de las rápidas innovaciones tecnológicas los estamos experimentando cada día. Sí resulta de interés señalar que no se trata simplemente de cambios instrumentales, es decir, de formas e instrumentos diferentes a los anteriores para comunicarnos y relacionarnos. También se trata de cambios cualitativos, de nuevas maneras de acceder al conocimiento y de nuevos estilos de vida. El fenómeno de la globalización es el factor que más incidencia ha tenido y tiene en la sociedad contemporánea y el que más influye en la vida de las personas. No hay otro remedio que navegar en las encrespadas aguas globales, nos dice Manuel Castells (2001), pensador de reconocido prestigio en el campo de las nuevas tecnologías.

El impulso de las redes informativas, que operan a escala internacional sobre una base tecnológica compartida, ha generado eficacia comercial y desarrollo económico, pero ha roto también formas habituales de cohesión social, generando dependencia y repliegue social sobre comunitarismos particulares y adhesiones fundamentalistas.

El rostro humano de la globalización

Nuestra sociedad globalizada está en camino de superar todas las expectativas en cuanto al desarrollo científico y técnico. Los mercados globales y la solidaridad global están dotados de suficientes medios para enriquecer las vidas de las personas de todo el mundo, sin embargo la realidad nos confirma que la humanidad está metida en un proceso lleno de paradojas y fracasos en cuanto a la construcción de una sociedad más solidaria y humana. La globalización sectaria e irracional, que se limita al ámbito de la economía, queda desacreditada cuando se observa y analiza desde la perspectiva de los excluidos. En la actualidad se produce mucho más de lo que necesita la humanidad para vivir y, sin embargo, cada día mueren de hambre más de 30.000 niños.

El proceso de globalización no tiene por qué dar necesariamente los resultados negativos que está generando. El reto consiste en conseguir que los copiosos beneficios se compartan de manera justamente distribuida. La creciente interdependencia que genera la globalización debe ser beneficiosa para todos. En el Informe Delors, *La educación encierra un tesoro*, podemos leer textualmente:

Este último cuarto de siglo ha estado marcado por notables descubrimientos y progresos científicos, muchos países han salido del subdesarrollo, el nivel de vida ha continuado su progresión con ritmos muy diferentes según los países. Y sin embargo, un sentimiento de desencanto parece dominar y contrasta con las esperanzas nacidas inmediatamente después de la última gran guerra mundial.

Podemos entonces hablar de las desilusiones del progreso, en el plano económico y social. El aumento del desempleo y de los fenómenos de exclusión en los países ricos son prueba de ello y el mantenimiento de las desigualdades de desarrollo en el mundo lo confirma (1996: 15).

La revolución técnica e industrial ha generado una sociedad cada vez más universal, con aspectos muy positivos y dinámicos, pero al mismo tiempo discriminante en la asignación de los beneficios. Está resultando muy generosa con los poderosos que se enriquecen abundantemente y muy rúcana con quienes proceden de tierras inmersas en la miseria y la pobreza. En el informe del PNUD sobre el desarrollo humano del año 1999 se afirma lo siguiente: «Los adelantos tecnológicos mundiales ofrecen grandes posibilidades para el adelanto humano y para erradicar la pobreza, pero no con las prioridades actuales». La nueva sociedad de la información y la comunicación ha establecido grandes desigualdades entre los países más desarrollados y los países menos desarrollados, y queda bloqueada y paralizada en una globalización neoliberal. Para que la mundialización funcione correctamente no basta con acumular grandes beneficios y excelentes resultados, sino que éstos se distribuyan con «eticidad, equidad, inclusividad, seguridad humana, sostenibilidad y desarrollo».

La problemática mundial constituye un desafío para la inteligencia y responsabilidad de la humanidad. Hay que globalizar la dignidad humana. Hay que trabajar por una globalización que se centre en la dignidad del ser humano, como afirma Joseph E. Stiglitz (2002) en su famoso escrito *El malestar en la globalización*. Stiglitz piensa que cada país debe asumir la responsabilidad de su propio bienestar y dirigir un crecimiento sostenible, equitativo y democrático, afirmando sus propios valores, sin dejarse manipular por las recetas externas del mercado global. También el economista egipcio Samir Amín, presidente del Foro del Tercer Mundo, nos habla de una globalización alternativa de corte humanista, centrada en la gente, en la persona humana y en su dignidad. En este mismo sentido se expresa el profesor Federico Mayor Zaragoza en su libro *Un món nou*.

Sí, hay que humanizar la globalización. También hay que universalizarla. «Eso son buenas intenciones y utopías que no tienen fundamento alguno», dirán los escépticos y los cínicos. En efecto, nada garantiza la consecución de estos objetivos, sino el deseo, el amor, la voluntad y el coraje que tiene cada uno de nosotros y que, si estamos decididos, pueden volver a dar sentido a la aventura humana. Sólo depende de nosotros desmentir las negras profecías que predicen la servidumbre voluntaria. Sólo depende de nosotros reconstruir una secuencia de proyectos intermedios y de acciones que llenen el foso desierto que separa el realismo de la utopía (2000: 26).

Para poder asumir el reto de humanizar la globalización y convertirla en un proyecto ilusionante y posible, necesitamos, en palabras de Manuel Castells (2005),

el ancla del reconocimiento de nuestras identidades culturales y la brújula de la educación, del conocimiento tanto a nivel individual como colectivo. Sólo si tenemos muy claro cuáles son nuestras raíces y pertenencias, sólo si hacemos fructificar nuestra capacidad de racionalidad y mantenemos firmemente en compromiso con los valores morales, sólo si aprendemos a vivir juntos como ciudadanos de la *aldea planetaria*, estaremos en condiciones de repensar nuestro mundo y contribuir a globalizar la dignidad humana.

La sociedad de la información y la sociedad del conocimiento

El incremento y la convergencia de las nuevas tecnologías han transformando las sociedades modernas en sociedades que se comunican y relacionan. La información se ha convertido en un componente clave y aglutinador del nuevo tipo de sociedad. Pero la información no es lo mismo que el conocimiento. La tecnología de la información no garantiza de por sí la transferencia del conocimiento y el auge de la racionalidad. Grandes volúmenes de información no proporcionan un conocimiento mayor, ni garantizan una mejor formación de los ciudadanos. La información dirigida al servicio de sí misma puede quedarse reducida a un cúmulo de datos indiferenciados y convertirse en instrumento exclusivo de intereses privados y poderes nocivos.

Con la irrupción de los actuales medios técnicos, se puede generar el peligro social de que la información se independice del sujeto humano y en lugar de servir a los intereses emancipadores de los ciudadanos, sean éstos quienes son considerados como objetos y no sujetos, al mismo tiempo que valorados como simples resultados. La sociedad al servicio de la información se configura cuando el incremento de la transferencia de información condiciona, e incluso determina en muchos aspectos, el comportamiento de los ciudadanos en sus relaciones sociales. El crecimiento de la transferencia de la información ha llegado a presentarse, en ocasiones, como la solución para todos los bienes y el remedio de todos los males, interpretándose de forma mítica como referencia que otorga autoridad, superioridad y dominio. La suposición de que la racionalidad consiste en una detallada información es uno de los problemas de nuestra época.

Como alternativa a la problemática sociedad de la información, se ha acentuado y propuesto, particularmente en medios académicos, la sociedad del conocimiento. Es bien cierto que la sociedad necesita de la información y vive en muchas ocasiones de ella, pero lo importante es que conduzca al conocimiento, al saber, y que éste se comparta socialmente. Muchos son los autores que desde posiciones ideológicas distintas han hablado de la gran revolución cognitiva que ha supuesto para la humanidad el advenimiento de las nuevas tecnologías. La incorporación social de los

actuales potentes instrumentos tecnológicos al servicio de la inteligencia humana ha generado transformaciones importantes en la transmisión de la ciencia y lo han hecho con tanta intensidad que ha terminado por denominar como gran desafío de nuestro tiempo la instauración de la sociedad regida por el conocimiento en todos los pueblos del mundo.

El conocimiento es reflexión sobre la información, es capacidad de discernir y de diferenciar respecto a la información que se posee, es capacidad de ordenarla y jerarquizarla. La sociedad del conocimiento aspira a convertirse en una sociedad que valora el saber y lo comparte con los demás. De ningún modo se limita a acumular y almacenar datos, sino que apoya la facultad de generar reflexión y convertirla en conocimiento para atender las necesidades propias y del entorno social, convirtiendo la creación y la transferencia de conocimiento en compromiso personal y social. En la sociedad del conocimiento, los ciudadanos organizan sus empresas y sus instituciones sociales de acuerdo con la asimilación y aplicación de los saberes adquiridos y compartidos.

La sociedad que se mueve dentro de los intereses propios del conocimiento presenta dos características importantes. La primera consiste en proponer el conocimiento como factor crítico para el desarrollo personal y social. La segunda estriba en afianzar los procesos de aprendizaje e interpretarlos como medios para transformarlos en beneficio de la sociedad, es decir, para estructurarla de una manera más racional y, por tanto, más humana. En la sociedad genuina del conocimiento, lo tecnológico y lo humano se consideran convergentes y dialécticamente relacionados. Como escribió Abdul Waheed Khan, subdirector general de la UNESCO para la Comunicación y la Información:

La sociedad de la información es la piedra angular de las sociedades del conocimiento. El concepto de «sociedad de la información», a mi parecer, está relacionado con la idea de la «innovación tecnológica», mientras que el concepto de «sociedades del conocimiento» incluye una dimensión de transformación social, cultural, económica, política e institucional, así como una perspectiva más pluralista y desarrolladora. El concepto de «sociedades del conocimiento» es preferible al de la «sociedad de la información» ya que expresa mejor la complejidad y el dinamismo de los cambios que se están dando (Khan, 2003).

La brújula de la educación

La clave para el desarrollo de la sociedad del conocimiento en beneficio de las personas y de los pueblos hay que situarla en la función de la educación. Ésta no puede consistir simplemente en ser transmisora de información, sino en fomentar

pautas de comportamiento que permitan utilizar bien la abundante información recibida y facilitar el acceso a la autonomía personal que se sustenta sobre razones y argumentos. Como leemos en el Informe Delors, «la educación tiene la misión de permitir a todos hacer fructificar sus talentos y capacidades de creación, lo cual implica que cada uno pueda responsabilizarse de sí mismo y realizar su proyecto personal» (1996: 18). La educación y la formación se han convertido en los principales vectores del desarrollo humano, pues mediante el proceso educativo las personas se convierten en dueños de su propio destino y solidarios con el desarrollo de los demás. Nuestra sociedad, para poder responder a las exigencias de nuestro tiempo, debe encaminarse hacia una sociedad cognoscitiva, es decir, dirigida por el conocimiento y el ejercicio de la racionalidad.

Como ya afirmaban los primeros filósofos de la Grecia clásica, la *paideia* (ideal educativo) del ser humano se dirige a la formación del alma y el aprecio de los valores morales. A través del proceso educativo se pretende que la persona reflexione sobre el sentido y el destino de su existencia, sobre su papel en el mundo natural y las conexiones existentes entre los seres humanos. La educación hace posible la incorporación al proceso de adquisición de aquellos conocimientos que otorgan la capacidad de vivir la vida con la máxima madurez posible, perfeccionan la identidad humana y posibilitan el ejercicio de la racionalidad. En este contexto vale la pena recordar un bello texto que Spinoza escribe en su *Ética* (IV, apéndice IX):

Nada puede concordar mejor con la naturaleza de una cosa que los demás individuos de su especie; por tanto, nada hay que sea más útil al hombre, en orden a la conservación de su ser y el disfrute de una vida racional, que un hombre que se guíe por la razón. Además, dado que entre las cosas singulares no conocemos nada más excelente que un hombre guiado por la razón, nadie puede probar cuánto vale su habilidad y talento mejor que educando a los hombres de tal modo que acaben por vivir bajo el propio imperio de la razón (Savater, 2007: 198).

Las grandes transformaciones económicas, políticas y culturales inciden en el amplio campo de la educación y condicionan, en gran medida, el proceso de la formación de las personas. Es bien cierto que, en general, la exigencia de la educación y la conveniencia del aprendizaje a lo largo de la vida han dejado ya de considerarse un lujo y se han convertido en necesidad básica ineludible. La necesidad de la educación se sustenta sobre el convencimiento de la perfectibilidad del ser humano, en la capacidad de aprender y en el deseo que tenemos los humanos de saber más y mejorarnos a través del conocimiento. Mientras el resto de los seres vivos ya nacen con una identidad natural terminada, los humanos tienen que conquistar su identidad personal y configurarla mediante el esfuerzo propio y la complicidad de la ayuda de sus conciudadanos. Como nos dice I. Kant, «el hombre no llega a ser hombre más

que por la educación [...]. La educación es un arte cuya práctica debe ser perfeccionada a lo largo de las generaciones» (Savater, 2007: 200-201). La condición humana es en parte espontaneidad natural, pero también y, sobre todo, se lleva a término mediante el ejercicio racional. Fernando Savater insiste en que «aprender a discutir, a refutar y a justificar lo que se piensa es parte irrenunciable de cualquier educación que aspira al título de *humanista*» (Savater, 2007: 137).

La mundialización incluyente

El proceso de la mundialización ha intensificado la conciencia multicultural de nuestra sociedad plural. Las distancias entre los pueblos se están achicando hasta tal punto que prácticamente las fronteras externas no existen. Nos encaminamos aceleradamente hacia sociedades multirraciales y pluriculturales. Nuestro mundo está configurándose ineludiblemente como policéntrico y plural. Las diferencias étnicas, religiosas, sexuales y culturales en general se hacen cada vez más ostensibles y complejas, generando en ocasiones conflictos y problemas de no fácil solución. Sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, y coincidiendo con el fin de los imperios coloniales, la emigración se ha convertido en uno de los factores de cambio cultural más claros e influyentes en la vida de los pueblos. En corto espacio de tiempo, nuestra sociedad, doméstica y rural, se ha transformado en sociedad urbana con muchas lenguas, religiones desconocidas y costumbres diferentes. La diversidad de opciones religiosas, la desigual posición de las mujeres en la estructura cívica y las reivindicaciones de sectores sociales tradicionalmente marginados han generado necesariamente conflictos y cuestionado los tradicionales modelos de relación cultural.

La internacionalización que avanza con rapidez en el tercer milenio nos posibilita una relación más próxima y un conocimiento más amplio de otras culturas. Además de la fácil información, es posible en la actualidad mantener también contactos personales y experiencias vitales directas en los territorios compartidos. Al mismo tiempo, sin embargo, nos acerca al conocimiento de las grandes injusticias sociales. Se puede decir que la mundialización está funcionando con éxito en el campo de la información y de la mediación tecnológica, pero en cuanto al respeto y al reconocimiento de la dignidad humana hay que lamentar que apenas ha existido el progreso. Más bien da la impresión –los hechos así parecen confirmarlo– que se está globalizando la desigualdad entre los seres humanos y la relación abusiva entre los pueblos.

A nosotros, ciudadanos del siglo XXI, nos ha tocado vivir la época gloriosa de la humanidad en la que las grandes autopistas para la relación y comunicación entre los pueblos generan con fuerza en todos los habitantes del mundo cada vez más la

conciencia planetaria. Nos encaminamos hacia sociedades transnacionales y pluriculturales. No seamos insensatos y hagamos lo posible por superar la tentación de mantener paradójicamente fronteras internas y prejuicios provincianos. Esta creciente pluralidad cultural puede incitar y provocar intervenciones de muy diferente estilo y en muy diferentes ámbitos. Rechacemos el asimilacionismo que pretende homogeneizar, negando el valor de la cultura de los demás. Tampoco es convincente la respuesta que ofrece el multiculturalismo, cuando se limita a respetar la diversidad cultural pero no insiste en el valor del contacto y del diálogo. Colaboremos en la configuración de una sociedad pluralista, abierta y acogedora del *extraño*, valorando la realidad de la diversidad y de la diferencia y reconociéndola como oportunidad para el propio enriquecimiento. La pluriculturalidad, de hecho, hay que convertirla en interculturalidad de derecho, la cual busca, en condiciones de igualdad y con visión crítica hacia la cultura diferente y hacia la cultura propia, el encuentro y la comunicación entre las personas de diferentes culturas. Ciertamente no resulta fácil elaborar nuevos modelos de relación cultural que se centren en el reconocimiento de la dignidad humana y eviten el peligro de la globalización excluyente, pero hay que engarzar las diferencias culturales con las exigencias de la justicia que plantea el respeto democrático necesario para una mundialización incluyente.

Música, educación e interculturalidad en la era global

La música es uno de los fenómenos a través de los cuales, en nuestra sociedad plural, se hace más patente el fenómeno de la globalización. Por otro lado, las oportunidades que la experiencia musical ofrece para vivir la interculturalidad son espléndidas.

El análisis de la música en referencia a la construcción de una realidad global parte del estudio de los procesos en los que la experiencia musical se enmarca en los entramados sociales. Green (1999: 160-161) encuadra el estudio del binomio música-sociedad a partir del análisis de los procesos de *producción, distribución y recepción* musical. Los tres son procesos en tanto en cuanto son fenómenos dinámicos, que pueden verse modificados o redefinirse en función de los contextos sociales particulares y de los cambios que una sociedad experimente. La *producción* musical engloba todo proceso que, a partir de un episodio de creatividad, comporte la elaboración de discursos y materiales musicales. Ésta concentra, por tanto, los mecanismos y coyunturas sociales que determinan cómo la música es compuesta, improvisada o interpretada. Evidentemente, actividades como la composición, la interpretación o la ingeniería del sonido forman parte de la producción musical. La *distribución* musical hace referencia a los procesos a partir de los cuales existe una difusión de discursos musicales. *Quién propaga* material musical en la sociedad y *quién tiene acceso* a

la música son cuestiones de estudio y análisis del ámbito de la distribución musical. El proceso de *recepción* musical se produce generalmente a través de la escucha musical y está estrechamente ligado a la dimensión del consumo de la música. Por ello, esta área se centra mayoritariamente en el análisis de cómo los productos musicales son consumidos: *quién* los consume y *en qué situaciones* se consumen. En el estudio de la recepción musical se concreta principalmente el uso que los miembros de una sociedad hacen del fenómeno musical; en definitiva, *cómo escuchan la música*, y cómo se construyen las experiencias musicales personales. La audición de un CD, asistir a un concierto o a una discoteca, mirar la televisión o navegar por internet son actividades que implican la recepción de unas u otras músicas.

El desarrollo de los medios tecnológicos y de comunicación, así como el incremento de los procesos migratorios han alterado radicalmente el modo en que las experiencias musicales inciden en la vivencia y cotidianidad de los miembros de nuestra sociedad, determinando y puntualizando los saberes y valores de nuestra cultura. Los cambios que han surgido en la naturaleza de la experiencia musical, fruto de la globalización, han modificado los procesos en los que en nuestra realidad se localiza la actividad musical.

El cambio más significativo ha surgido a partir de los desarrollos y las mejoras en los procesos de distribución. El nacimiento de la música grabada favoreció la deslocalización de los espacios concretos de distribución musical, y esto repercutió en una mejora de la accesibilidad de las personas a las experiencias musicales. En épocas anteriores, la música formaba, principalmente, parte de la vida doméstica de las personas. El fenómeno musical no estaba constantemente por doquier, y el disfrute de música se daba mayoritariamente en función de la producción individual de la persona que gustaba de una vida musical privada; la vida musical social se reducía a espacios concretos y momentos programados. La distribución de determinadas músicas quedaba relegada a unos cuantos miembros seleccionados de la sociedad, en función de sus clases y estratos sociales, de manera que no todas las personas tenían acceso a cualquier estilo musical.

Pero si la música grabada facilitó el acceso de las personas a determinadas experiencias musicales, la tecnología actual de la era de la información y de la comunicación ha permitido que los miembros de nuestra sociedad vivamos envueltos en música, y que el significado del proceso de recepción de esta música se haya tenido que articular de manera que se adapte a una realidad dinámica y compleja. Los avances en los procesos de distribución musical han permitido que el fenómeno de la música llegue hoy en día prácticamente a todas las personas de nuestra sociedad. De manera consciente o inconsciente, la música acompaña gran parte de nuestras actividades cotidianas. Incluso la audición musical programada y específica está, en la mayoría de las ocasiones, iniciada, condicionada o determinada por una escucha asociada a una imagen o actividad particular. La recepción musical en nuestra so-

ciudad actual ya no se concentra casi exclusivamente en las salas de conciertos, sino que también se da, de manera más generalizada, a través de un medio audiovisual, en particular la televisión y el cine; un medio digital, principalmente en las páginas de internet, o asociado a actividades cotidianas, lúdicas o de consumo, en almacenes, tiendas, gimnasios, discotecas, etc.

Efectivamente, la construcción de nuevas vías de distribución musical, fruto de los avances de la era tecnológica, ha posibilitado que la música pueda llegar prácticamente a todos los estratos de la sociedad; asimismo, la recepción de una gran diversidad musical se ha convertido en algo cotidiano para la mayor parte de la población. Esto favorece que la obra musical esté sometida a amplio juicio y, en principio, facilita que las personas se involucren en procesos y experiencias musicales.

La otra cara de la moneda implica la transformación del arte, en particular de la música, en una mercancía sujeta a las leyes de mercado de cada sociedad en particular (Hormigos Ruiz, 2008: 120). Algunos autores han criticado vehementemente la capacidad que la industria ha mostrado en influir, regir y modificar los gustos musicales de una determinada sociedad en función de intereses económicos. Incluso la noción de la autonomía de la música de los contextos políticos, históricos y culturales de una sociedad en particular, como distintivo de la *buena música*, puede ser, de algún modo, fruto de una construcción dialéctica de la misma industria musical, determinando directrices en referencia a las leyes de mercado.

La exaltación de los artistas del pasado guarda relación con la aparición de una cultura musical basada en el disco, más que en la práctica de un instrumento y en la asistencia asidua a conciertos, y en la banalización de la perfección instrumental que imponen la industria del disco y la competencia inseparablemente económica y cultural entre los artistas y los productores (Bourdieu, 2000: 159).

El fenómeno resultante de la incidencia en la distribución de la mercadería musical puede conllevar, por tanto, una construcción de nuevos criterios que la sociedad utilizará para otorgar valor musical. Las definiciones de los estilos musicales vendrán marcadas, de este modo, por características extramusicales que delinearán colectivos sociales que compartan aficiones y gustos comunes, más que por criterios inherentemente musicales.

Al igual que ciertos inmensos imperios del pasado, las fronteras de la música culta tienen algo de hipotético y a la vez de muy cierto. Nadie sabe muy bien dónde están, pero está claro que en algún sitio están. Se da por descontada una geografía de la experiencia musical que dibuja y sanciona fronteras ineludibles y meticulosas. [...] Pero los mapas de un mundo tal resultan vagamente fantásticos, intencionadamente imprecisos y siempre provisionales. Con imperturbable y eficaz torpeza los utiliza la industria cultural, haciéndolos pasar

por verdaderos y dibujando sobre ellos una división de mercados que ya ha revelado para sí una feliz funcionalidad. En cuanto al público, se adecua de buen grado, amparado por un sistema que proporciona a sus necesidades un orden útil, en nada diferente al ya experimentado en las agradables visitas al supermercado (Baricco, 2008: 17).

Este aparato de construcción, dinamización y ordenación de gustos musicales en función de intereses de mercado ha sido objeto de estudio de varios teóricos musicales. No únicamente se ha analizado el papel del gusto musical en referencia a la construcción y organización de colectivos sociales, sino que cuestiones en materia de gusto musical como mecanismo de exclusión social son frecuentemente traídas a debate (DeNora, 2003: 167).

Sin duda, este nuevo proceso de distribución musical ha incidido en el incremento de los estilos y subestilos musicales que están presentes diariamente en nuestras vidas. El aumento en la producción musical, la difusión de músicas de otras culturas, la influencia de la misma sociedad en las actividades musicales, la pluralidad estilística, etc., supone necesariamente una continua redefinición de los *significados musicales*.

En la era global, a partir de estos nuevos procesos de distribución musical, se ha posibilitado el acceso a las formas musicales de colectivos que hasta el momento habían sido exóticos, si no completamente desconocidos. El descubrimiento y conocimiento de nuevas culturas se ha dado, efectivamente, a partir de sus manifestaciones artísticas y musicales. La apropiación industrial de estas formas musicales, bajo líneas de actuación de lo que anteriormente llamábamos la *globalización sectaria e irracional* conlleva situaciones paradójicas como la popularización mundializada de músicas provenientes de sociedades en las que se permite que, como se decía, mueran niños de hambre.

Por otro lado, la mundialización ha favorecido el surgimiento de nuevas formas de producción musical, enriqueciendo los estilos musicales existentes y dando origen a nuevas músicas fruto del mestizaje cultural; también ha permitido descubrir otras formas de organización, posibilitando el aprendizaje y la comunicación intercultural, incidiendo directamente en la concienciación ciudadana en materia de injusticia social.

Esta nueva vida musical global aporta, en el campo de la educación, una gran riqueza de posibilidades de vivir la interculturalidad en la escuela. La educación musical en la era global debe adaptarse a la realidad de diversidad cultural fehaciente. Si en la sociedad existe una pluralidad musical cada vez más presente, la educación debe dar cabida a esta multiplicidad de materiales musicales. La incorporación de la interculturalidad en el aula de música debe venir dada a partir de la apertura curricular hacia la pluralidad estilística y la deconstrucción de discursos dominantes acerca del valor musical, y también mediante la adaptación de nuevas pedagogías y

herramientas didácticas, a partir de las cuales se fomenten experiencias musicales que favorezcan el nacimiento de sentimientos interculturales. La búsqueda de la autenticidad en la producción musical en el aula de música ofrece el espacio idóneo para desarrollar todo un contexto conceptual en torno a la experiencia musical que facilite el conocimiento de nuevas formas culturales y premie el diálogo intercultural.

Hacia el diálogo intercultural

Las culturas no son fenómenos sociales estáticos, dotados de estabilidad perenne, sino que cambian y se enriquecen con el cambio. La riqueza cultural se adquiere mediante la interacción ante nuevas realidades y situaciones o empobrece y se deteriora como resultado de la incomunicación y el aislamiento. Mediante el contacto y el diálogo entre personas de diferentes culturas los ciudadanos van aprendiendo mutuamente elementos diversos y complementarios, alumbrando nuevas maneras de vivir como humanos. Hay que reivindicar el diálogo como apertura al otro, pero no un diálogo de confrontación sino *dialogal*, que nos ayude a entender lo que la otra persona está diciendo y, sobre todo, lo que quiere decir. Es necesario que los participantes en el diálogo superen el monolingüismo y aprendan el lenguaje del otro, para evitar situaciones unilaterales o de privilegio que habitualmente se producen en la praxis hermenéutica monocultural que conduce al colonialismo cultural y a la intolerancia. El *otro* que es diferente de mí y de nosotros debe ser entendido e interpretado como *la otra parte de nosotros mismos* y, por lo tanto, nos ayuda a completar nuestra propia identidad. La interculturalidad hace posible la convivencia enriquecedora e integradora.

El pluralismo cultural en su formulación intercultural vive del consenso y del disenso que genera la dinámica de la tolerancia. En virtud de la actitud tolerante, los diferentes y sus discursos diversos se respetan mutuamente y se hacen concesiones recíprocas. La tolerancia, como virtud moral y política, se basa y justifica en la limitada capacidad del conocimiento humano que destruye por su base cualquier pretensión de poseer la verdad total y absoluta. La verdad que cada ser humano reivindica para sí como absoluta y definitiva, solamente se justificaría si como individuo poseyese la totalidad de la racionalidad, pero, como nos enseñaron los filósofos clásicos, el camino para acceder al conocimiento de la verdad pasa por el diálogo que aporta racionalidad y genera reciprocidad en la comunidad. La obstinación en mantener como definitivo un planteamiento cultural único empuja hacia la intolerancia. Si queremos alentar el proceso de la interculturalidad hemos de insistir en la construcción global de la racionalidad a partir de la interacción de los diferentes conocimientos culturales y no mediante la imposición dominante de un determinado y bien definido conocimiento cultural. Como dijo de manera muy elocuente

Mahatma Gandhi a principios de siglo: «No quiero que mi casa tenga muros por todos lados y que mis ventanas estén obstruidas. Quiero que las culturas de todas las tierras vuelen por mi casa tan libremente como sea posible. Pero me niego a que cualquiera de ellas me eche por tierra» (PNUD, 1999: 33).

La tolerancia intercultural, denominada por Sartori (2001) *diversidad contenida*, de ningún modo debe ser considerada como un relativismo cultural que se desprende de toda valoración crítica, sino que se apoya en unos acuerdos mínimos pero básicos, entre los que destacan los derechos humanos. Mientras los temas propios y necesarios para la convivencia poseen un amplio margen para la tolerancia, los temas que afectan a la dignidad humana admiten muy poca tolerancia. En el artículo 1.2 de la *Declaración de principios sobre la tolerancia*, se dice con toda claridad que la tolerancia consiste en la «actitud activa de reconocimiento de los derechos humanos universales y las libertades fundamentales de los demás. En ningún caso puede utilizarse para justificar el quebrantamiento de estos valores fundamentales» (UNESCO, 1995: 7). Por lo tanto, la tolerancia, como virtud constitutiva de la convivencia, debe apoyarse en los principios de la igualdad y la libertad sobre los que se construye el sentido de la dignidad humana.

La actitud propia de la relación intercultural implica el reconocimiento de la *familia humana* y más allá de la diversidad de costumbres y tradiciones practica la solidaridad universal. Raimon Panikkar (2002) nos la presenta como el *imperativo humano de nuestro tiempo* y nos la propone como *una epifanía de la esperanza*. Frente a los fundamentalismos que alimentan la discriminación étnica y con el eufemismo de *ciudadanía diferenciada*, malogran el pluralismo integrador; a través del diálogo intercultural se fomenta el reconocimiento de la dignidad de todos los seres humanos, pues, inmersos en procesos culturales diferentes, todos ellos poseen el núcleo de humanidad compartida, que nos iguala en dignidad y nos debe empujar hacia la consecución de la fraternidad universal.

Bibliografía

- BARICCO, Alessandro (2008): *El alma de Hegel y las vacas de Wisconsin. Una reflexión sobre música culta y modernidad*, Ediciones Siruela, Madrid.
- BILBENY, Norbert (1997): *Revolución de la ética*, Anagrama, Barcelona.
- BOURDIEU, Pierre (2000): *Cuestiones de sociología*, Istmo, Madrid.
- CASTELLS, Manuel (2001): *La galaxia internet*, Areté, Barcelona.
- (2005): *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza Editorial.
- DELORS, Jaques (1996): *La educación encierra un tesoro. Informe de la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI*, Santillana Ediciones UNESCO, Madrid.

- DEÑORA, Tia (2003): «Music sociology: getting the music into the action», *British Journal of Music Education*, 20 (2), pp. 165-177.
- GREEN, Lucy (1999): «Research in the sociology of music education: some introductory concepts», *Music Education Research*, 1 (2), pp. 159-169.
- HORMIGOS RUIZ, Jaime (2008): *Música y sociedad. Análisis sociológico de la cultura musical de la posmodernidad*, Fundación Autor, Madrid.
- KHAN, Abdul Waheed (2003): «Towards Knowledge Societies. An Interview with Abdul Waheed Khan», *World of Science*, 1 (4).
- LÓPEZ GARRIDO, Diego (2011): «Política y mercado: la ruptura», *El País*, 31 mayo.
- MAYOR ZARAGOZA, Federico (2000): *Un Món nou*, Centre UNESCO de Catalunya, Barcelona.
- ORTEGA Y GASSET, José (1967): *En torno a Galileo*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid.
- PANIKKAR, Raimon (2002): «La interpelación intercultural», en GONZÁLEZ, R. y G. ARNAIZ (eds.): *El discurso intercultural. Prolegómenos a una filosofía intercultural*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- PROGRAMA DE DESARROLLO DE LAS NACIONES UNIDAS, PNUD (1999): *Human Development Report*, Oxford University Press, New York, Oxford.
- SARTORI, Giovanni (2001): *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Taurus, Madrid.
- SAVATER, Fernando (2007): *El valor de educar*, Ariel, Barcelona.
- STIGLITZ, Joseph E. (2002): *El Malestar en la Globalización*, Taurus, Madrid.
- UNESCO (1995): *Declaración de Principios sobre la Tolerancia*, París, Conferencia General de la UNESCO, 16 de noviembre.